sitaban instrumentos perfeccionados é instalaciones fijas extensas. La crítica antireligiosa se ha apresurado á sacar partido de esta dificultad para tachar á los libros santos de exajerados y aun mentirosos y para decir que los trabajos del tabernáculo deben ser relegados entre las fábulas. Pero hoy estas objeciones especiosas se disipan ante el progreso de los conocimientos y la verdad del libro divino, brilla aquí lo mismo que en todas sus narraciones.

Los exploradores más recientes de la Arabia Petrea, el conde de Laborde, M. de Lessep y M. Lotin de Laval, han encontrado en el terreno montuoso del Sinaí, muy cerca del lugar donde permanecieron los hebreos, durante los dos años que pidieron los trabajos del Tabernáculo, en el lugar que ahora se llama Ouadi-Magharah, importantes minas de cobre, explotadas por los Egipcios desde el tiempo de sus primeras dinastías, y los restos que aun se pueden reconocer perfectamente de vastos hornos metalúrgicos que habían fundado. Es evidente que los israelitas, una vez que llegaron al Sinaí y quisieron ejecutar los objetos necesarios á su culto, se apoderaron de los hornos de Ouadi-Magharah, y aun hicieron trabajar por su cuenta á obreros egipcios, bajo la dirección de Bezeleel y Oliab, únicos artífices que nombra la Biblia, y aprovechándose de los hornos establecidos por los Faraones, fundieron los nu-

merosos objetos de oro y de bronce que formaban el moviliario del Tabernáculo. [1]

CAPITULO DECIMO NOVENO.

PRESCRIPCIONES HIGIENICO RELIGIOSAS DE LA LEY DE MOISES.

Moisés en su propósito de inducir al pueblo á observar estrictamente ciertas medida-higiénicas necesarias sobre todo en esos climas les dió el carácter de prescripciones religiosas á fin de que en conciencia se creyeran los hebreos obligados á observarlas y así se consultase á la salubridad pública. Muchos racionalistas, sin fijarse en la diversidad de tiempos y lugares tienen por absurdas y ridículas muchas de estas prescripciones, como poco fundadas en las conclusiones de la ciencia. Especialmente se fijan en la distinción hecha por Moisés entre los animales puros é impuros, y en las prescripciones relativas á la lepra de los vestidos y de las casas.

---

[1] Manuel de l' histoire aucieune de l' Oricut Tom. I p. 176-177.

I ANIMALES PUROS E IMPUROS.

Nadie que tenga un poco de buen sentido podrá creer que al alimentarse de ciertos animales, y por solo el hecho de comerlos, pueda manchar su alma y hacerse reo de alguna culpa; pero todos comprenden que hay muchos de ellos verdaderamente nocivos á la salud, y que la autoridad á quien toca velar por la salubridad pública está en su derecho y aun tiene estricta obligación de prohibir que los miembros de la sociedad á quien preside, se alimenten de ellos. Así lo han hecho las autoridades de todos los países particularmente en tiempo de pestes y epidemias. ¿Es de extrañar, que siendo teocrático el gobierno de los hebreos, Dios hubiera dado el carácter de leyes religiosas á las prescripciones higiénicas que consignó en los libros de Moisés?

Pero, nos objetan los racionalistas, Moisés en este código sanitario, está en oposición con las observaciones y clasificación zoológica cuando prohibe á los Israelitas la manducación de animales mitológicos que solo existen en la imaginación de los poetas. Sirva como ejemplo de lo primero, el texto del Levítico en el que se prohibe comer liebre *porque es rumiante pero no tiene pezuña partida.* ochora bien, todos los naturalistas colocan á A liebre entre los roedores y no teniendo casla, sino unos dedos muy divididos, es ridí-

culo advertir que no tiene la pezuña hendida.

Los racionalistas tendrían razón si el animal de que habla Moisés fuera la liebre; pero no es así. El animal de que habla Moisés es un pequeño mamífero, conocido entre los hebreos, bajo el nombre de *daman* ó de *hirax* y denominado liebre por la mayor parte de los traductores; él no es, dice M. Milne Edwars ni un conejo, ni una liebre, ni un roedor cualquiera, sino una especie perteneciente á otro órden zoológico [1] Las versiones de la Biblia, la de los Setenta y aun la Vulgata bien pudieron dar á un animal, á un pueblo, á una ciudad que no conocían, un nombre que no les pertenecen de ningún modo.

Preciso es, dice el mismo Milne Edwars en el lugar citado, ser muy circunspectos en las conclusiones que deben sacarse de los nombres empleados, no solo por los traductores, sino por todos los antiguos, cuando hablan de ciertos animales que ellos no conocían más que imperfectamente, dado que los escritores que no son naturalistas hállanse siempre dispuestos á aplicar á las especies nuevas para ellos, los nombres de especies con los cuales las primeras tienen más ó menos semejanza. Por lo tanto es muy probable que los cuadrúpedos descubiertos en el

(1) Informe á la Academia d° las Ciencias Tom, LXIX p. 1285.

desierto y llamados mulos por la mayor parte de los traductores, no eran sino *hemiones*, animales que por su talla y formas son intermediarios entre el caballo y el asno, aunque sean completamente distintos del uno y del otro como especie zoológica.

Con esto queda también respondida la segunda dificultad tomada de los nombres mitológicos de algunos animales de que se habla en el mismo Levítico y el Deuteronomio. El grifo, el ixión son animales reales que ni nosotros ni el traductor de la Vulgata podemos clasificar debidamente por lo que al vertir estos pasajes del hebreo al latín les dió los nombres de los animales mitológicos que se les asemejan.

II LEPRA DE LAS CASAS Y DE LOS VESTIDOS

"El vestido de lana, ó de lino, leemos en el cap. XIII del Levítico, que en su trama ó urdimbre, y todo vestido de piel que en su tejido tuviere lepra, es decir una mancha roja ó blanca, será presentado al sacerdote, quien, después de haberlo inspeccionado, lo encerrará durante siete días. Si el séptimo día, examinándolo de nuevo notare que la mancha se hubiere agrandado, es una lepra perseverante, y debe juzgar el vestido contaminado." Y en el capítulo siguiente: "Si se observase alguna úlcera de lepra en la casa se debe denunciar al sacerdote. . . . Cuando el sacerdote vea en las paredes como unas pequeñas cavidades oleaginosas, con manchas pálidas ó rojizas, más hundidas que la superficie de la pared y si, después de haber sido arrancadas las piedras y rascado el polvo empapado con otra tierra, las paredes ó muros estuvieren cubiertos de nuevas manchas, es una lepra persistente."

Preciso es perdonar, ha dicho Voltaire, el primero de todos, á un pueblo grosero é ignorante esa fantasía ridícula de la lepra de los vestidos y de las casas.

Respondemos con el ilustre Moigno: Nosotros nos hallamos demasiado léjos de aquellos tiempos antiguos para formarnos una idea siquiera de esas manchas singulares que se adhieren en ciertos casos á los vestidos y paredes, así como la relación que estos pudieran tener con la lepra, tan rara entre nosotros, cuanto común entre los judíos. Empero lo que sabemos es que uno de los mayores adelantos de la ciencia en estos últimos años ha sido el descubrimiento inesperado de que todos ó casi todos los contagios, las fermentaciones y las putrefacciones tienen su origen en unos seres infinitamente pequeños ó microscópicos, vegetales ó animales, esporos, mucedineas, setas, polillas, *penicilliums*, vibriones etc., que es propio de estas mucedineas ó polillas el originar ciertas manchas rojas ó blancas más ó menos persistentes, que no es de ningún modo imposible que la lepra sea en sí misma engen-

drada ó comunicada por dichos pequeños seres capaces de pegarse á las ropas y á los muros. La teoría de Moisés sobre la lepra, era, pues ciencia muy adelantada, demasiado adelantada para la incredulidad ignorante hasta el ridículo del sigio XVIII.

La asamblea legislativa votó últimamente una pensión de doce mil francos para el sabio ilustre, M. Pasteur, por haber sido el que ha puesto más claramente en evidencia y consignado el papel que desempeñan en el mun do físico, fisiológico, y patológico, esos se res infinitamente pequeños, cuya existen cia apenas sospechada hoy, había sido reve lada á Moisés. Acabamos de saber que en e Cabo de Buena Esperanza, la lepra de la casas y de los vestidos es una triste realidad

CAPITULO VIGESIMO.

JOB.

Job era un varon rico y piadoso. Aunque en este libro busquemos en vano la más mínima indicación cronológica, el cuadro de costumbres que ofrece este libro nos obliga á creer que fué anterior ó contemporáneo.

Habiendo puesto el demonio en duda la piedad de este hombre, le permitió el Señor que lo tentara, como lo hizo, privándolo sucesivamente de sus riquezas, de sus hijos y de su salud, reduciéndolo á vivir en un estercolero en donde, á pesar de las invectivas de su mujer, no tuvo en su corazón otro sentimiento que el de la más completa resignación á la voluntad de Dios y en los lábios palabras de bendición para con su santo nombre.

Este relato sirve de prólogo á la parte principal del libro, que es una disputa entre Job y tres de sus amigos que lo fueron á visitar sobre esta gran cuestión que siempre ha pero cupado á los hombres: ¿Porqué permite Dios que los buenos se vean aflijidos por tantas